

sentía avergonzada de su falta, por la cual parecía haberse turbado la tranquilidad de aquella casa, que había amparado su juventud y en donde siempre había sido ella bien tratada.

M. Godet la tomó en sus brazos, y dijo señalando á Champier:

—Mirale; es la fortuna, la riqueza que viene á buscarte; una fortuna inmensa.

—¡No comprendo!—murmuró Blanca.

—Uno de mis clientes—dijo el notario—muerto hace años, os legó todos sus bienes, que deben seros entregados el día de vuestro matrimonio ó al cumplir la mayor edad.

La frente de Blanca se nubló, y estremióse como si viera abrirse á sus pies un precipicio. Aquella declaración, en vez de alegrarla, pareció sorprenderla dolorosamente.

Acababa de ver con claridad. Ella era rica y él lo sabía: no era, pues, á ella, sino su riqueza lo que él ambicionaba.

—¡Ah!—exclamó, llevándose la mano al corazón.

Después, haciendo un gran esfuerzo para aparecer serena, dijo friamente:

—¿A cuanto ascienden esos bienes?

—De cinco á seis millones.

Acababa de comprender el secreto de la adoración de Roland.

—¿Y de dónde procede esa riqueza?

—El donante—contestó el notario—se llamaba el conde Huberto de Montevrón.

Blanca quedó un instante pensativa, en seguida preguntó, dirigiéndose al notario:

—¿No acabais de decir que murió hace muchos años?

—Sí, poco después de vuestro nacimiento. Reinó en el salón profundo silencio.

Blanca Carol permaneció indecisa por espacio de un minuto: sus miradas iban desde M. Godet y Pedro de Meillant, fijos en ella, al semblante de la duquesa, que ésta procuraba ocultar entre sus manos.

—Caballero—dijo por fin al notario—yo no pienso casarme, y tal vez no llegue á mi mayor edad... No puedo, pues, entrar en posesión de esta fortuna: la rehuso.

Y esforzándose por contener las lágrimas, fué á arrodillarse delante de la duquesa, diciéndole con voz dolorosa:

—Señora, os pido perdón por mi falta... No quiero aceptar nada de nadie... porque me basta con vuestra protección... Permittedme que no os abandone... nunca.

La señora de Maillepré, vencida al fin por esta sumisión, la rodeó con sus brazos estrechándola contra su pecho, mientras murmuraba á su oído:

—¡Hija mia, hija mia!

XIX

La última correría de M. de Meill'ant.

Lo que los periódicos de París y de toda Francia llamaban el acontecimiento de Bourges, hacía mucho ruido.

Por mañana y tarde se publicaban extraordinarios con nuevos pormenores de

aquel drama, que en definitiva más demostraban el ingenio de sus autores que la seguridad de sus informes.

Realmente, en la misma prefectura fueron pocos los sorprendidos por esta catástrofe, y menos los que simpatizaron con la víctima.

El paso de Roland por la calle de Jerusalen había dejado recuerdos poco favorables, y si nadie negaba su inteligencia superior, todos apreciaban sus cualidades morales como él merecía.

Los agentes subalternos no se privaban de manifestar sus sentimientos, y especialmente Pablo Bordier trataba á su antiguo jefe con una despreocupación que acusaba la existencia de antiguos rencores.

Cuando la noticia del hecho estalló en Bourges como una bomba, el antiguo agente del secretario general se encontraba con el compañero moreno, que le había ayudado en la *razia* del boulevard Clichy.

—Ahora bien, Pitot—le decía,—el patrón ha sido castigado, y muy severamente, á lo que parece. No soy profeta, pero habría apostado treinta contra diez, á que se llegaba á esto que ha sucedido.

Bordier se alegraba: aquella puñalada hacía pagar á Roland sus mezquindades, su avaricia y su insolencia.

Pero la alegría del agente llegó á su colmo al publicar los periódicos el nombre de la heroína del drama, Margarita Souvray.

—Ya sabes quien es—decía á su compañero—la muchacha del boulevard Clichy,

la que hizo llevar á San Lázaro... ¡Ah! ¡si yo fuese jurado, no la condenaría!... Dicen que solo está herido... verdaderamente merecía más.

Y mientras decía esto, pensaba Bordier en que si encontraba el joven que había ido á la calle de Douai á preguntar por Margarita, seguramente pagaría bien lo que él podía contarle.

El agente no se engañaba; pero en dónde encontrar al desconocido que daba dos lises á una portera por algunas palabras?

Aquella misma noche, después de leer en los periódicos el nombre de la joven que había herido al prefecto, fué á dar una vuelta por la calle de Douai, con el propósito de adquirir informes por la portera. Encontró á ésta, como de costumbre, en su habitación.

—Hay novedades, señora Mederic—dijo Pablo.—Ya se sabe quien es el autor del crimen de Bourges.

—¿Ya?

—Sí, y cuando os lo diga, os asombrareis. Ha sido una joven.

—¿De veras?

—Una joven á quien conoceis.

—¿Yo?

—Vos: como qué ha vivido aquí.

—¿Hace mucho?

—Poco, y lo que es más; aun tiene aquí su habitación.

—¿La señorita del quinto piso?—exclamó la portera.

—Habeis acertado.

—¿Os burlais?

—Os digo la pura verdad.

—¡Nunca lo hubiera creído! Una muchacha mansa como un cordero.

—Lo era efectivamente.

—¿Habrá cambiado?

—Se puede ser muy bueno, pero llega un instante en que se pierde la cabeza... No creeríais si os lo dijera, lo que ese bandido ha hecho padecer á esa infortunada.

—¿Está presa?

—Ya lo creo... Y á propósito—dijo interrumpiéndose, ¿no ha venido nadie á buscarla?

—No.

—¿Os acordais de aquel joven?...

—¿El de los dos luises? Esas personas no se olvidan.

—¿Y no ha vuelto?

—¡Ay, no! Ahora comprendo que no os disgustaría encontrarlo.

—Es posible.

—No es probable que se ocupe ya de ella: una mujer que ha asesinado á un hombre y presa en la cárcel..

—¿Quién sabe?—dijo Pablo Bordier.

En el fondo, él creía lo mismo que la portera.

Salió de la casa muy contrariado y con muy mal humor, dirigiéndose hacia el Sena, encontrando á su compañero Pitot y á otros camaradas en un innoble restaurant de la calle de la Grande Truanderid, en donde comió, pensando en el modo de sacar provecho del ruidoso crimen de Bourges.

Al volver á su casa de la calle de Orfèvres, se detuvo contra su costumbre, para preguntar á la portera si habia alguna noticia ó carta para él.

—¿Para vos?... ¡ah! sí!. esperad... ha venido un señor...

Bordier estuvo para dar un salto.

—¿Un señor?... ¿Cuándo?

—Hará unas dos horas.

—¿Joven ó viejo?

—Joven.

—¿Qué señas tiene?

—Solo me he fijado en que no lleva barba.

Bordier respiró fuertemente: aquel era el joven desconocido. No podia ser otro.

—¿Qué le habéis dicho?—preguntó á la portera.

—Que no estabáis.

—¿Y él?...

—Ha dicho que volverá mañana, á las siete sin falta, y deseaba que le esperaséis si era posible.

—Sí, sí, le esperaré,—se dijo Bordier.—¿No sabéis nada más?—preguntó en alta voz.

—Sí; se que este señor es muy generoso... me ha dado...

—Dos luises—interrumpió el agente.

—¡Calla! ¿Cómo lo sabéis?

—Es su costumbre. Buenas noches.

Pablo Bordier subió con una agilidad sorprendente la escalera hasta el quinto piso.

Arregló los pocos muebles de su habitación, y se acostó satisfecho de su fortuna.

Pensando en su antiguo jefe, decía:

—¡Ah! miserable, egoísta, avaro, ladrón, ya se te atará corto! ¡Canalla! ¡Bandido!

Al día siguiente, á las seis y media, estaba preparado para recibir la anunciada visita.

A las siete, con exactitud militar, llamaron á la puerta, apresurándose Bordier á franquear la entrada al desconocido, que era, como él había pensado, el joven de la calle de Douai.

—¿Mr. Bordier?—preguntó el conde.

—Servidor vuestro.

El agente ofreció cortesmente una de las sillas que tenía, diciendo:

—La administración no nos proporciona un alojamiento muy lujoso: ¿queréis sentaros, señor?

—De buena gana.

—¿En qué puedo servirlos? ¿Acaso se tratará de algo referente á la joven de la calle de Douai?

—¡Ah! ¿Sabéis?...—dijo tranquilamente Pedro de Meillant.

—Se muchas cosas que le conciernen.

—Así lo he creído.

—¿Os interesais por ella?

—No lo oculto, pero no deseo saber más que la verdad.

Bordier sonrió, como si quisiera indicar al joven que la verdad que él sabía respecto de su protegida era bastante agradable, contra lo que suele acontecer generalmente; pero se guardó de hablar esperando las proposiciones del conde, pues tenía por seguro

que quien daba dos luises á una portera por una noticia insignificante, no vacilaría en derramar el oro para obtener las revelaciones importantes que buscaba.

Pedro de Meillant no le hizo esperar mucho.

—Lo que sabéis—dijo al agente, lo sé también yo. Pero tenéis sobre mí la ventaja de poder probarlo, y de esta prueba depende la vida, ó por lo menos la libertad de la joven de que se trata. Hablaré con toda franqueza: quiero salvarla, y la salvaré, con vuestra ayuda ó sin ella; pero no tropezaré con tantos obstáculos si os decidís á cumplir un deber de hombre honrado, confirmando con vuestro testimonio las declaraciones de esta infeliz, impulsada por ultrajes sin número á una venganza casi legítima. ¿Lo habéis entendido?

El conde hizo una pausa, que aprovechó Pablo Bordier para reflexionar.

—Lo que me proponéis—dijo al fin—es grave. Se trata del secreto profesional. ¿Qué dirían mis camaradas? Convendréis conmigo, pensándolo bien, que no es tan fácil como parece. Cada oficio tiene su especie de dignidad.

Y bruscamente, añadió:

—Comprendo perfectamente lo que queréis. Esa joven os habrá referido la historia de su inscripción en la prefectura, su estancia en San Lázaro..... Entre nosotros, no tengo inconveniente en decir que era tan culpable como las monjas del Sagrado Corazón. Pero nosotros teníamos órdenes superiores...

Supongamos que accedo á lo que me pedís, y me expongo no solo á la prisión, sino á ser vejado de todas maneras cuando tenga que andar por esos mundos ganándome la vida. No esto solo, sino que los jurados pensarán que he recibido dinero por mis declaraciones, me encarcelarán por falso testimonio y se sostendrá la perfecta legalidad del proceso verbal que hicimos contra esa muchacha... El caso es más escabroso de lo que imagináis.

Pedro de Meillant no dejaba de conocer que en parte era cierto cuanto decía el agente; pero creía que se encontraría un medio para vencer los obstáculos. Pensaba cuál sería éste, cuando Bordier dijo de pronto:

—Comprendéis, seguramente, la dificultad; pero, á pesar de todo, puede arreglarse.

—¿Cómo?—dijo el conde.

—La noche en que detuvimos á vuestra joven, íbamos dos compañeros... El otro es un verdadero perro de presa; pero está tan harto como yo del oficio y... como yo, no desea más que vivir desahogadamente en un rincón... Nosotros obedecíamos... se nos daban algunos centenares de francos por la comisión... ¡Dos testigos valen más que uno!... ¡Sois rico!... Sacadnos de la miseria y nuestro asunto irá como sobre ruedas... He aquí el medio.

—¿Qué necesitáis?

—¿Por declarar sencillamente la verdad?

—Nada más que eso, entendedlo bien... como testigos ante el tribunal de Bourges... nada más que la verdad.

Pablo Bordier miró al joven como queriendo saber hasta qué punto podía ser exigente; pero no leyó en aquella fisonomía franca más que una lealtad bondadosa.

—Escuchadme—dijo,—siempre he soñado con marcharme lejos de aquí... á Argelia por ejemplo, establecerme y vivir tranquilamente en medio de una posición desahogada.

—Es una excelente idea.

—Pitot, el camarada de quien os he hablado, que ha servido en el ejército, me la sugirió.

—¿Y él querría hacer lo mismo?

—Seguramente: no pasa día sin que me hable de ello.

—Tiene razón.

—Sí, pero falta el dinero... Ya veis este mobiliario, que no es de ningún potentado... pues es todo cuanto poseo: Pitot no está mejor que yo. Y con esto no se puede fundar una colonia.

—Por consiguiente—añadió Bordier animándose—si queréis salvar á la joven, esta sería una excelente ocasión. Pitot y yo diríamos: «Serigné nos mandó detenerla á toda costa... de orden superior», según él decía. Nosotros eramos unos pobres agentes y obedecemos.

¡Qué triunfo para vuestro juego! ¿Eh?

—Tengo otros—dijo el conde sonriendo.

Bordier se estremeció viendo desvanecerse su sueño.

Pedro de Meillant adivinó su angustia y le dijo;